

el deleite siempre han hallado el secreto de unirse entre sí; y aún de igualarse con ella el aliento y el valor; y finalmente, en un siglo en que poco contentas las mugeres con haberse olvidado de su propio pudor, parece que desafian también al que todavía puede haber quedado en aquellos á quienes intentan agradar.

Pero con todo eso, ¿qué diluvio de males no se deriva al pueblo del mal exemplo del Príncipe! Sus costumbres son el modelo de las costumbres públicas; la imitación, segura siempre de agradar, y de grangearse los favores, concilia la ambicion con la sensualidad; los placeres que en otros se vén interrumpidos con las ideas de la fortuna, hallan en ellos mayor facilidad, y tienen el camino mas seguro; los Escritores profanos venden sus plumas á la iniquidad, y celebran unas pasiones, que bastaba solamente el respeto para que quedasen sepultadas en un eterno olvido; se levantan nuevos espectáculos, que sirven de públicas lecciones; y todo lisongea á la pasion del Soberano.

¡Oh Reyes de los pueblos, dice el Espíritu de Dios, los que sentados sobre vuestro trono os estais complaciendo en ver á vuestros pies la multitud de naciones, á vosotros se dirigen mis palabras: *Ad vos Reges sunt isti Sermones mei.* (a) Acordaos de que el poder que teneis le habeis recibido del cielo, que su uso debe ser tan santo como su origen, que espera un juicio muy severo á los que están establecidos para mandar á los demás, y que á la mas grande autoridad casi siempre la está reservado mayor castigo.

Pero aqui empiezan á manifestarse las eternas misericordias que estaban preparadas para *Luis*. Dios le dispone desde lejos para la virtud, armando contra los vicios las primeras demonstraciones de su autoridad. La bárbara costumbre de los desafíos, antigua reliquia de la fe-

(a) Sap. 6. v. 3. 4. 5. 10.

ferocidad de nuestros conquistadores, que no habia podido contener la religion, ni la política que esta infunde en las costumbres, que tantos Reyes habian condenado, aunque inútilmente, y que tanta sangre habia costado á la nacion, fué por último abolida, consagrando *Luis* el principio de su reynado con una accion, que asegura el sosiego y tranquilidad de los venideros.

Sí, catolicos, en el mismo tiempo en que parecia que *Luis* estaba muy distante del Señor, el Señor estaba muy cerca de él; aún las mismas pasiones, que inficionaban su corazon, respetaban su fé. ¿Qué horror no tenia á aquellos hombres, que no hallan gusto completo sino en lo que está sazonado con la impiedad, y que parece no se acuerdan de Dios sino para ultrajarle con sus infames desórdenes! El impío, luego que era conocido, podia contarse por desterrado de su Palacio: El nacimiento y los servicios, lejos de asegurar la impunidad á la irreligion, eran motivo de que fuese mas ruidoso el castigo: Los gracejos de la discrecion, engaño contra el que es tan difícil defenderse, no tenian para él atractivo alguno, si advertia en ellos algun vislumbre de incredulidad; no conocia mérito alguno en el hombre que no conocia á su Dios; y el impío que blasfemaba del cielo, era inmediatamente para él anathema de la tierra.

De este modo se disponia la obra de la santificacion de *Luis*. Pero salgamos de estos tenebrosos tiempos tan inevitables para los Reyes, y tan comunes en los demás hombres; perezcan y borrense para siempre de nuestra memoria aquellos dias que él borró con sus lágrimas y su piedad, y los que el Señor ha olvidado sin duda. Casi todos los Soberanos se parecen en los primeros años de su juventud, del mismo modo que en el principio de su nacimiento: *Nemo ex Regibus habuit aliud nativitatís initium.* (a) Pero si *Luis* los imitó en estos primeros ca-

(a) Sap. 7. v. 5.

minos de las pasiones, ¿dónde están los Reyes que después hayan caminado con tanta grandeza y fidelidad como él en los caminos de la gracia? ¿Le siguieron acaso aquellos mismos vasallos que siempre estaban á su vista, y que por razon de su clase tenían facil llegada al trono? ¡Ah! siendo la mayor parte de ellos imitadores, por no decir adoradores culpables de sus flaquezas, acaso acabaron su vida censurando su virtud.

¿Y qué virtud? una virtud sólida, amorosa, y constante. No se vieron en él aquellas variedades en la devoción, tan inseparables de la inconstancia de los hombres, á los que sola la uniformidad cansa, ó á los que solamente la molestia del vicio atrae muchas veces á la virtud, á los que el uso de la virtud vuelve á servir de nuevo atractivo para el vicio, y que pasando continuamente de la virtud al vicio, mas procuran buscar alivio á su inconstancia, que fijar su infidelidad.

Desde que *Luis* se dedicó á seguir los caminos de Dios, caminó siempre por ellos con un paso igual y magestuoso; un dia era instruccion para otro dia, y una noche daba lecciones semejantes á otra noche: La historia de su virtud es la historia de sus acciones; y fuera de aquellos sucesos inesperados, que manifestaban en él nuevas virtudes, la virtud del primer dia fué la de todo lo restante de su vida.

¡Inmensos cuidados del gobierno, cuyo peso casi llevaba él solo, jamás interrumpisteis la exactitud de sus obligaciones religiosas! La vida de la Corte, siempre inconstante, porque siempre es ociosa, jamás descompuso la respetable uniformidad de su conducta; y en un lugar, en donde el ocio y el antojo son tan ingeniosos para variar los dias y los momentos, solo *Luis* era el punto fijo en donde todos los dias y todos los momentos se hallaban siempre los mismos; virtud rara, particularmente en los Príncipes, á los que nada detiene, y en quienes la inconstancia de la imaginacion siempre se está avivando con la eleccion y abundancia de arbitrios.

La piedad y la buena fé de su gobierno correspondian á

á la exactitud de las obligaciones. ¡Qué religion tan profunda al pie de los Altares! ¡Con qué respeto iba á doblar delante de la gloria del Santuario aquella cabeza que disponia, por decirlo así, de todo el Universo, y la que era mas augusta por su virtud, que por la edad, la magestad y las victorias! ¡Qué temor no experimentaba al acercarse á los Misterios santos, y á aquella celestial vianda, que es las delicias de los Reyes! ¡Qué atencion á la Divina palabra, qué respeto á la santa libertad del ministerio, y aún á las faltas del Ministro, no obstante los disgustos y murmuraciones de una Corte instruida y demasiado critica: *Bastante nos ha dicho para que nos enmendemos*, respondia á aquellos Cortesanos, que salian disgustados del Sermon! ¡Qué conciencia tan delicada! ¡qué horror á las mas leves transgresiones! Siempre amó el bien que conoció; si no cumplió con toda la justicia, sería por no conocerla toda: Este es defecto de los mejores Reyes; y mas es desgracia de la dignidad, que vicio de la persona.

Pero la adversidad es la prueba menos equívoca de una virtud sólida. ¡Qué golpes no disponiais, ¡oh Dios mio! á su constancia! Este gran Rey, á quien desde la cuna habia acompañado la victoria, y que contaba sus prosperidades por los dias de su reynado; este Rey, cuyas empresas por sí solas anunciaban siempre la felicidad, y que no habiendo hallado hasta entonces obstaculo alguno, solamente habia tenido que temer de sus propios deseos; este Rey, cuyas conquistas se habian inmortalizado con tantos elogios y públicos trofeos, y que nunca habia tenido que temer mas que los escollos que nacen del mismo seno de la alabanza y de la gloria; este Rey, que por tanto tiempo habia sido dueño absoluto de los sucesos, los vé repentinamente vueltos todos contra sí; los enemigos se apoderan de nuestras plazas: solamente con qué se presenten, se dexa vér con ellos la victoria: Sus propias felicidades les asombran; el valor de

nuestras tropas parece que se ha pasado á su campo ; el prodigioso número de nuestros exércitos solo sirve de facilitar nuestras derrotas ; la diversidad de lugares no hace mas que multiplicar nuestras desgracias ; tantos campos de batalla , famosos con nuestras victorias , se admiran al ver que sirven de teatro á nuestra ruina : El pueblo se halla consternado , la capital amenazada , la miseria y la mortandad parece que se unen con nuestros enemigos para acabarnos ; todos los males vienen sobre nosotros ; y Dios , aunque nos disponia los remedios , no se dignaba de manifestarnoslos. Denain , y Landreci estaban aún ocultos en los eternos consejos : Nuestra causa era justa , ¿ pero lo habia sido siempre ? ¿ y qué sé yo si expiabamos con nuestras ultimas derrotas la equidad dudosa , ó la vanagloria inevitable de nuestras pasadas victorias ?

Bien lo conoció *LUIS* , y así , se explicaba de este modo : *En otro tiempo emprendí la guerra con ligereza , y con todo eso , parece que Dios me favorecia : Ahora peléo por mantener los legítimos derechos de mi nieto á la corona de España , y el Señor me abandona ; sin duda que disponia este castigo á mis pecados.* Se humilló baxo el brazo que sobre él se descargaba : Su fé quitó á sus desgracias la nueva amargura que las dá el largo uso de las prosperidades ; su grande alma se manifestaba inmovil ; en medio de la tristeza y abatimiento de la Corte , la serenidad de su augusta frente servía de seguridad á los públicos temores ; Miró los castigos del cielo como pena del abuso que habia hecho de sus pasados favores ; reparó con la plenitud de su sumision lo que en otro tiempo pudo haber faltado á su agradecimiento : Puede ser que se atribuyese á sí mismo la gloria de sus felicidades , y Dios se las quita para darle la de la sumision y la constancia.

Pero aún no está acabado el tiempo de las pruebas : Vos oh Dios mio ! le heristeis en su pueblo , como á David,

vid , pero tambien le castigasteis como á él en sus propios hijos ; él os habia sacrificado su gloria , pero queriais que tambien os sacrificase su amor.

Pero ¿ qué es lo que veo ! ¿ qué espectáculo tan tierno será este para la posteridad quando lea su Historia ! Dios derrama la desolacion y la muerte sobre toda la Casa Real . ¿ Quántas augustas cabezas derribó ! ¿ Quántos apoyos del trono caen por tierra ! El juicio empieza por el Primogenito . Su bondad nos prometia unos dias felices , y ya hemos derramado aquí nuestras lagrimas y oraciones sobre sus amadas y augustas cenizas . Pero todavia nos quedaba algun consuelo ; aún no habiamos enjugado nuestras lagrimas , quando una amable Princesa , (1) que era el descanso de *LUIS* en los cuidados del reyno , es privada en la flor de su edad de las dulzuras de la vida , de la esperanza de la Corona , y del amor de los pueblos que ya empezaba á mirar como á sus vasallos : Vuestras venganzas ; oh Dios mio ! aún se disponen nuevas víctimas ; sus ultimos suspiros introducen el dolor y la muerte en el corazon de su Real Esposo . (2) Las cenizas de este joven Principe se dán priesa á unirse con las de su Esposa ; no la sobrevivió mas que el tiempo preciso para conocer su pérdida ; y nosotros perdimos con él las esperanzas de prudencia y virtud , que habian de hacer revivir el Reynado de los mejores Reyes , y los antiguos dias de paz y de inocencia .

¿ Gran Dios ! deteneos . ¿ Habeis de manifestar tambien vuestro poder é indignacion contra el hijo que acaba de nacer ? ¿ Quereis secar la raiz de la Real Estirpe ? La Sangre de Carlo Magno y de San Luis , que tanto pelearon por la gloria de vuestro nombre , ¿ ha de ser para vos como la Sangre de Acab y de tantos Reyes impíos , cuya posteridad exterminasteis ?

Todavia está levantada la espada , católicos , ¿ Dios

se

(1) Muerte de Adelaida de Saboya.

(2) Muerte del Duque de Borgoña.

se muestra sordo á nuestras lágrimas, al amor, y á la piedad de Luis? Tambien cortó este pimpollo, cuyos primeros días fueron tan lozanos, (1) y si la muerte cruel se contenta con amenazar solamente al que está pendiente del pecho de su madre, (2) á esa preciosa reliquia que Dios quiso salvarnos entre tantas perdidas, es para acabar esta triste y sangrienta tragedia, quitandonos el unico de los tres Principes (3) que nos quedaba para gobernar su infancia, y conducirle y asegurarle en el trono.

Luis, en medio de las lugubres ruinas de su Augusta Casa permanece firme en la fé; Dios sopla sobre su numerosa posteridad, y en un instante queda borrada como los caracteres que se escriben sobre la arena. De todos los Principes que le rodeaban, y que eran como la gloria y rayos de su corona, no queda mas que una debil pavesa, la que tambien entonces estuvo para apagarse; pero sus desgracias no pueden agotar su heroyca fé; espera como Abraham que el hijo unico de las promesas no ha de perecer; adora al que dispone de los Cetros y Coronas, y acaso vé en estas pérdidas domesticas la mano de la misericordia que expia, y que acaba de borrar del libro de las justicias del Señor sus antiguas y desordenadas pasiones.

Conservó, pues, Luis un corazon siempre fiel á Dios. *Gubernavit ad Dominum cor ipsius*, y esta es la obligacion mas esencial del hombre; ¿pero á qué no llegó su zelo por la Iglesia? su zelo, virtud tan propia en los Soberanos, que solamente han recibido la espada y el poder para servir de apoyo á los Altares, y para defender su doctrina. *Tulit abominationes impietatis*.

Aquí hablan en mi lugar los sucesos. Las sediciosas quejas de la heregia arrojada del reyno, que han resonado

(1) Muerte del Duque de Bretaña, hermano mayor de Luis XV. que murió pocos días despues.

(2) El Rey Luis XV. estuvo entonces á la muerte.

(3) Muerte del Duque de Berry, tio del Rey Luis XV.

do tanto tiempo por toda la Europa, los clamores de los falsos Profetas desterrados, que siguiendo el exemplo de sus padres, manifestaban en todas partes la señal de la guerra y de la venganza contra Luis, hicieron antes que yo el elogio de su zelo.

¡Falsa razon de estado, en vano opusiste á Luis las cobardes ideas de la prudencia humana! el cuerpo de la Monarquía, debilitado con la falta de tantos ciudadanos, la decadencia del comercio, ó por quedar privado de su industria, ó por la furtiva exportacion de sus riquezas; las naciones vecinas, protectoras de la heregia, dispuestas á armarse para defenderla, nada le acobarda; los peligros aumentan su zelo, la obra de Dios no teme á los hombres, se persuade á que es asegurar su trono trastornar el del error; se destruyen los Templos profanos, se derriban las Cátedras del error; los Profetas de la mentira son apartados de los rebaños á quienes engañaban, las Congregaciones estrañas se reunen á la Congregacion de los fieles, se quita el muro de separacion, nuestros hermanos vienen á buscar al pie de nuestros Altares, con los sepulcros de sus mayores, los títulos domesticos de la fé de que habian degenerado; el tiempo, la gracia, y la instruccion acaban poco á poco una mudanza que nunca puede conseguir la violencia sino aparentemente; el error, que habiendo nacido en Francia, parecia haber echado en ella unas eternas raices; aquella cizaña, que tantas veces habia estado á pique de ahogar entre nosotros el buen grano; la heregia que tanto tiempo habia sido temible aún al mismo trono, por la fuerza de sus Plazas, por la flaqueza de los reynados anteriores, en los que fue preciso tolerarla, por los rios de sangre Francesa que habia hecho derramar, por el número de sus partidarios, por la soberbia ciencia de sus Doctores, por el apoyo de tantas naciones, y aún por la antigua memoria y la injusticia de aquella sangrienta batalla, que debiera borrarse de nuestros Annales, la que siempre están desaprobando la piedad, y la humanidad,

y que por quererla apagar uno de estos últimos Reyes avivó su fuerza y su furor, é hizo de su sangre, si es lícito decirlo así, semilla de nuevos discípulos; la heregía, defendida con tantos baluartes cae al primer golpe que la dá Luis; desaparece y se vé reducida, ó á ocultarse en las tinieblas de donde había salido, ó á pasar los mares, y llevar con sus falsos dioses su rabia y su amargura á otros países estraños.

Feliz hubiera sido si la sumision hubiera precedido á los castigos, si en vez de ceder á la autoridad hubiera cedido á la verdad, si sus Sectarios, contentos la mayor parte de ellos con obedecer en la apariencia á su Soberano, no hubieran sacado otra utilidad del zelo de Luis mas que dexar á sus hijos y á sus nietos la felicidad de obedecer hoy á la Iglesia. Pero finalmente la Francia, para fama eterna de Luis, se vé libre de este escandalo; el contagio no se perpetúa en las familias; entre nosotros no hay mas que un redil y un pastor; y si entonces el temor formó hipocritas, la instruccion ha formado despues en sus descendientes verdaderos fieles.

Y así baxo qualquiera color que procurase manifestarse la heregía, igualmente dispertaba el zelo y la piedad de Luis, ¡vanas ideas de la perfeccion, que con pretexto de elevar al hombre hasta Dios le dexais entregado todo á sí mismo, y haceis de la sublime pureza de su virtud la seguridad de su libertinage! ¡Nuevo sistema de oracion, tan ignorado de la sencillez de la fé, y que colocas la ociosa quietud, y el fanatismo de tus oraciones en el lugar de las obligaciones y mortificacion del Evangelio! ¡Doctrina impia y ridícula, que intentas persuadir en secreto que la oracion, que es la que nos alcanza la gracia de vencer las tentaciones, nos dá tambien derecho para caer en ellas sin pecado! Luis tuvo horror á tus blasfemias, armó el zelo de la Iglesia contra los ocultos lazos que ponias á la piedad, y aquel grande Obispo, (1) que

(1) Monseñor de Fenelón, Arzobispo de Cambray.

por querer averiguar tus ilusiones, casi se dexó vencer de ellas, engañado mas del amor que tenia á la Oracion, que de las falsas máximas que juntabas á ella, se unió á la unanime voz de los Pastores contra sí mismo, dexó un exemplo á la Dignidad Episcopal, que libraria á la Iglesia de muchos escandalos si fuera imitado, y convirtió con el candor y prontitud de su sumision los rayos de la Iglesia que le amenazaban, en una abundante lluvia de gracias y bendiciones para sí. *Fulgura in pluviam fecit* (a)

Pero el hombre enemigo siempre está velando para sembrar escandalos en el campo del Señor. La verdad triunfó de la heregía y del fanatismo, pero no por eso llegó la paz que esperabamos. *Expectavimus pacem, & non erat bonum.* (b) Los Misterios de la gracia, en que tantas veces ha tropezado la soberbia del humano entendimiento, encienden de nuevo los espíritus; los Pastores de la Iglesia, que siempre unidos entre sí no debieran jamás tomar las armas sino contra los enemigos exteriores, se dividen como si fueran diversos sus intereses y esperanzas; los entendimientos se alteran, se avivan las disputas, y en todas partes no se vé mas que inquietud y confusion. ¡Gran Dios! ¿En qué han de venir á parar estas funestas disensiones? ¿Un siglo entero de disputas no era bastante para apaciguar el furor? Las tropas de los Filisteos nos rodean, y en vez de unirnos para rechazar á los infieles, nosotros mismos los damos aparentes pretextos para que insulten los ejércitos del Dios vivo; pero dexemos una materia, cuya sola relacion no puede menos de affligir á los hijos de la Iglesia que tienen algun amor á esta comun madre de los fieles; para mi asunto basta decir, que nada deseó tanto Luis como el ver reynar la union entre los pastores, mantenida la fé en su pureza, á los fieles, no divididos entre Pablo, Apolo, ó Cephas,

(a) Psalm. 134. (b) Jerem. 8. v. 15.

sino unidos unicamente á Jesu-Christo y á su Iglesia, y este era el único fin de todas sus acciones; Dios no se dignó concederle que antes de morir viese el fin de nuestras tristes disensiones, ¡pero cuál era su dolor al verlas perpetuarse en su reyno! En las desgracias del estado se manifestaba constante, pero las disensiones de la religion affligian su alma, y borraban la serenidad de su Augusto semblante; y en la misma cama de su dolor y de su muerte, como otro Theodosio quando estaba para morir, mas pensaba en los males de la Iglesia, y mas le affligian estos, que los horrores de la muerte de que estaba rodeado. *Qui cum jam corpore solveretur, magis de statu Ecclesiarum, quam de suis periculis angebatur*, que dice San Ambrosio.

Todo lo que podia servir de adelantar los intereses de la religion lo miraba como interés del estado: ¿Con qué magnificencia franqueó su reyno y sus tesoros á un Rey, (1) y á una piadosa Reyna, que por haber querido poner en el trono la fé de sus mayores, habian sido arrojados de él? Una nacion valerosa, aunque tan inconstante como el mar que la rodea, y acostumbrada á dar semejantes espectaculos á la Europa, se turba, se inquieta, se subleva, y arroja de su seno á estos sagrados depositos; solo Luis entre todos los Soberanos á quienes interesaba este negocio corre á recibirlos, los libra del naufragio, ofrece un asilo á la religion, y á la Dignidad Real fugitiva, se arma para vengar la Magestad de los Reyes, y la santidad de la fé, ultrajadas en sus personas, atrahe sobre sus estados los furoros de una terrible liga, y las calamidades de una larga guerra, que parece no se habia de acabar sino con la Monarquía; y ya que no tuvo la gloria de restituirles su corona, tuvo á lo menos el mérito de exponer la suya.

(1) *El Rey Jacobo II. y la Reyna su Esposa, echados de Inglaterra, y refugiados á Francia.*

Pero si su zelo en defensa de la fé parecia crecer y avivarse con su avanzada edad, acordaos tambien de los cuidados que empleó para restablecer la piedad en aquellos dias de pecado y de malicia. *Corroboravit pietatem in diebus peccatorum*: Este es el exemplo que el padre y el pastor deben dar á sus vasallos.

Bien sabeis, señores, que la raíz de la regularidad y pureza de las publicas costumbres se halla siempre en el zelo y santidad de los Obispos, establecidos para ser modelos de sus rebaños, para santificarlos y gobernarlos, pues casi siempre depende la salud ó perdicion de los fieles, de los cuidados y de los exemplos de los primeros Pastores: Persuadido Luis de esta verdad, ¡qué cuidado no puso en elegir Ministros irreprehensibles! ¡qué precauciones y qué delicadeza de conciencia! Los testimonios mas seguros y publicos apenas bastaban para asegurarle en su eleccion; este apreciable derecho, vinculado en su Corona, en vez de lisongearle le atemorizaba como escollo de los Reyes, y como peso el mas molesto y peligroso de la Dignidad Real; ni las pretensiones, ni el favor, ni la carne, ni la sangre tenian para con él derecho alguno para poseer las Dignidades de la Iglesia, que es el reyno de Jesu-Christo; ni los servicios, ni el nacimiento, ni la larga ascendencia de los mayores le parecian vocacion suficiente para el Sacerdocio de Melchisedech, que no tuvo genealogía; estaba vivamente persuadido á que el Obispado no es un favor temporal, destinado á gratificar las familias, sino un don del cielo propio para honrar la Iglesia, dandola Ministros capaces de desempeñar su ministerio; y aún no sé si en este punto la exactitud de su religion y zelo excedió á la de las reglas.

Quería que el poder de su dignidad solo sirviese para establecer el reyno de Dios en sus pueblos: ¡Qué alegría la suya quando veía que alguno de su Corte salia del desorden de las pasiones, y hacia una vida tan piadosa, y tan arreglada como la suya! Miraba esto como una nueva

conquista que añadía á sus victorias; ya la virtud no era motivo de irrisión en la Corte, antes bien era la que ocupaba los primeros puestos, la que se adquiría todos los honores, y finalmente la que se grangeaba la aceptación del trono, y la confianza del Soberano.

¡Oh días felices! ¡Vosotros habiais de restituir en nuestros tiempos el reynado de la virtud y de la inocencia, y no obstante esto jamas abundó tanto la malicia, pues aunque los favores reales solo se concedían á la virtud, parece que solo hacían estimables sus apariencias! ¡Siglo perverso! ¡Todo coopera á tu perdición! Si el Príncipe se olvida de su Dios, confirma y perpetúa los vicios; y si favorece á los justos, no hace mas que multiplicar los hipocritas.

Pero finalmente; Luis obligó á las obras de tinieblas á que se ocultasen, y á que no insultasen á la luz; el desorden no se miraba ya como graciosidad, y si no pudo detener su curso, á lo menos le quitó la ostentación y el escándalo.

Desterró la libertad de un teatro extranjero, en donde se juntaban los Grandes y el pueblo á oír las mas barbaras obscenidades, con vergüenza de las publicas costumbres y del pudor de la nación; en donde el vicio hablaba un idioma de que se avergonzaba nuestra propia lengua, y en donde hasta el mismo sexo, en el que es tan propia la vergüenza, iba á celebrar publicamente unas indecencias que eran como publicos ultrages hechos á su pudor; las ruinas de esta impura escena levantaron á la piedad de Luis un monumento mas inmortal, que el que habían levantado á su gloria las ruinas de los muros de tantas ciudades como había conquistado.

Pero al mismo tiempo que arruinó las escuelas del vicio, ¿qué asilos no edificó á la piedad? Edificio augustot, (1) en donde refugiado el valor consagra al pie de los

(1) *Hospital de los Invalidos.*

Altares las estropeadas y debiles reliquias de una vida expuesta tantas veces por el estado, tú se lo podrás decir á la posteridad. Santa Casa (1) en donde remediada la pobreza, ó el nacimiento, se salva igualmente la inocencia del sexo debil de los peligros, y su nobleza de la infamia y de la necesidad, tambien tú podrás dar el mismo testimonio.

¿Quántos piadosos edificios veo levantarse en su reynado en la Capital y en las Provincias? El reyno de Dios se aumenta y estiende con el de *LUIS*. Los jóvenes Ministros del Santuario recobran en las santas casas, que á porfia edifican los Pastores, aquel primer espíritu de ciencia, de fervor, y de disciplina que tanto había degenerado del tiempo de nuestros Padres. Los bosques se pueblan de Solitarios, y como en tiempo de los Machabeos, muchos bajan (2) al desierto para buscar allí el juicio y la justicia, porque los males y la corrupción habían inundado las ciudades, y Dios ya no era conocido en ellas: *Tunc descenderunt multi quærentes judicium, & justitiam in desertum, quoniam inundaverunt super eos mala.* (a) Se publicaban infinitas obras llenas de luz y de doctrina, para servir de auxilio á la piedad de los fieles; quando nuestra posteridad, registrando las historias, halle renovados en este siglo los primeros monumentos de la ciencia y de la virtud, bendecirá el reynado de *LUIS*; se aprovechará de la gracia que nosotros hemos despreciado, la beberá en estos socorros debidos á su cuidado, y que derivarán de edad en edad las reglas de las costumbres, la justicia, y la salud que nosotros no hemos podido hallar ni aún en sus exemplos.

¿Qué podía estar reservado para una piedad tan fiel á Dios, tan zelosa del bien de la Iglesia, y tan útil á los Pueblos, sino una Corona de justicia, mucho mas resplan-

(1) *San Ciro.* (2) *La Trapa, y Siete Fuentes.*

(a) *1. Machab. 2. v. 29. 30.*

plandeciente que la que había recibido de sus Progenitores, y una muerte mas gloriosa por la gracia, y mas heroica que su vida!

Católicos, la fé es el principio del verdadero heroísmo, y de la elevacion de los pensamientos: El mundo nunca ha formado sino falsos Heroes, y la muerte, que siempre nos manifiesta á nosotros mismos como en la realidad somos, descubre en ellos por ultimo una flaca timidez que los afrenta, ó una obstentacion de valor aún mas debil y despreciable que su temor, porque es mas falsa.

LUIS muere como Rey, como Heroe, y como Santo: Un repentino desfallecimiento trastorna al principio los fundamentos, al parecer inalterables, de una salud á quien la edad, las aflicciones, y los penosos cuidados de un reynado tan dilatado habían respetado hasta entonces. Ya había excedido la edad de los Reyes, pero todavía nos prometíamos una vida mas larga que la de los demás hombres: Había visto nacer á nuestros Padres, y nosotros contabamos que el verle morir estaba reservado para nuestros nietos. Lo que nos agrada, nos parece que siempre debiera ser eterno.

Pero Dios, cuyo reyno solamente es indefectible, y que ya había impreso dentro de él los indelebles caracteres de la muerte, los ocultaba todavía á las luces del arte, y á las vanas esperanzas de una Corte que aún confiaba en la sana constitucion de su temperamento; pero finalmente el secreto de Dios se manifiesta; la muerte, oculta en el interior, se deja ver con claridad por medio de las infalibles señales que la anuncian; ya nadie puede dejar de conocerla; su lentitud aumenta los horrores del aparato: Solamente *LUIS* la mira con tranquilidad. Entre los suspiros de sus antiguos y fieles vasallos, entre la consternacion de los Principes y Grandes, entre las lagrimas de toda su Corte halla *LUIS* en la fé una paz, una fortaleza, y una grandeza de animo que no puede dar el mundo:

¿Por

¿Por qué lloras? dixo á uno de los suyos, en quien le hizo reparar la abundancia de lagrimas que le hacia derramar el exceso de su dolor. ¿Estabas acaso persuadido á que los Reyes eran inmortales?

Este Monarca, cercado de tanta gloria, y que veía al rededor de sí tantos objetos propios para despertar ó sus deseos, ó su amor, no manifiesta ni el menor pesar de perder la vida; no le quedan ni aún aquellas incertidumbres que suelen dar todavía algunas esperanzas á los moribundos, y que por lo menos mezclan los tristes desconsuelos del temor con la dulzura de la esperanza; sabe que es llegada su hora, y que no tiene remedio; conserva en la cama de su dolor aquella magestad, y aquella serenidad que en otro tiempo se habían visto en él sobre su trono en los dias de sus prosperidades: Dispone los negocios del estado, que ya no le pertenecen, con el mismo cuidado y tranquilidad que si empezára entonces á reynar, sin que el ver la muerte cierta y cercana, le causase aquella pena y aquel horror de pensar en lo que vá á dejar, que mas es una secreta desesperacion de perderlo, que señal de que no se ama: Los Sacramentos que se administran á los moribundos no tienen para él aquel semblante triste y lúgubre que suele acompañarlos, y los mira como misterios de paz y de la divina magnificencia: Este instante no es para él uno de aquellos rapidos momentos en que suele recobrase todo el valor, y hallar en el corto tiempo que dura lo terrible del espectáculo el remedio para la fortaleza. Los dias vacíos y las noches penosas se dilatan, y la intrepidez de su virtud parece que se aumenta y asegura sobre las ruinas de su cuerpo terrestre: ¿Qué grande es el que es grande por la fé!

Está mirando por espacio de muchos dias á la muerte sin cobardia, pero con religion; no como Filosofo, sino con una magestuosa fortaleza, sin querer mover ni la compasion, ni la admiracion de los asistentes; sin procurar con expresiones de dolor moverlos á que den mues-

tras

tras de lo que sienten su pérdida, ni grangearse sus elogios con su constancia, mucho mayor mil veces que si hubiera querido afectar grandeza. Acudid á ver este espectáculo, eternos y ridiculos censores de su virtud, los que acaso tambien habeis tratado de flaqueza su piedad, y ved si la vanidad podria preciarse de las maravillas que está obrando la gracia en *LUIS* en estos ultimos momentos. Pero la vanidad nunca ha tenido mas que las apariencias de grandeza; la verdad de esta es propia solamente de la gracia.

Manda juntar al rededor de su cama, como otro David estando cercano á la muerte, cargado de años, de victorias y virtudes, á los Principes de su Augusta sangre, y á los Grandes del Reyno: ¡con qué magestad mira su afliccion y sus lagrimas! Los acuerda, como David, sus antiguos servicios; los aconseja la union y la harmonia, que es tan rara bajo el gobierno de un Principe niño; los encarga los intereses de la Monarquía, de la que son el adorno y la mas segura defensa; les pide que conserven á su hijo Salomón, y á su tierna edad, la misma fidelidad y el mismo zelo con que se habian distinguido en el tiempo de su reynado. Nunca se manifestó tan verdaderamente Rey; sin duda era porque ya estaba en el cielo, y porque el reyno del justo es mayor y mas glorioso que el de los Reyes de la tierra.

Finalmente, es llamado el joven Salomón, su Augusto hijo; *LUIS* ofrece al Dios de sus Padres esta preciosa reliquia de su Real Casa, aquel niño que se ha salvado entre las ruinas que aún le acuerdan la reciente pérdida de tantos Principes, y el que Dios ha conservado á la Francia, atendiendo sin duda á su virtud y á sus ruegos. Pide á Dios para él, como pedia David para su hijo Salomón, un corazon fiel á su ley, amoroso para sus pueblos, zeloso de sus Altares, y de la gloria de su nombre. *Salomoni quoque filio meo da cor perfectum, ut custodiat mandata tua.* Le deja por ultima instruccion, y como

he-

herencia aún mas apreciable que su corona, las maximas de la piedad, y de la sabiduria. *Hijo mio, le dice, tú vas á ser un grande Rey, pero acuerdate de que toda tu felicidad depende de vivir sujeto á Dios, y del cuidado que has de tener de aliviar á tus pueblos; procura evitar la guerra; en este punto no sigas mi exemplo; sé un Principe pacifico, teme á Dios, y alivia á tus vasallos.* Levanta las manos al cielo, como los Patriarcas quando estaban para morir, y derrama sobre este niño, con sus súplicas y bendiciones, unas lagrimas que no puede reprimir ó su afecto, ó la alegría de ir á poseer el reyno de la eternidad que le estaba preparado.

Alma heroyca y christiana, vuelve al seno de Dios de donde saliste. Ya está tu corazon donde estaba tu tesoro; rompe estos debiles lazos de tu mortalidad que dilatan tus deseos, y retardan tu esperanza; el dia de nuestro luto es el de tu gloria y el de tus triunfos; vayan delante de tí los Angeles tutelares de la Francia, para llevarte en triunfo al trono que te está destinado en el cielo al lado de los Santos Reyes tus Progenitores, Carlo-Magno, y San Luis: vé á juntarte con Teresa, con Luis, y con Adelayda que te esperan, y á enjugar con ellos en la morada de la inmortalidad las lagrimas que has derramado sobre sus cenizas; y si, como todos esperamos, la santidad y rectitud de tus intenciones han suplido en la presencia de Dios lo que durante el curso de un reynado tan dilatado pudo acaso faltar al merito de tus obras, y á la integridad de tus justicias, cuida desde lo alto de la mansion celestial, de un Reyno que dejas tan afligido, de un Rey niño que no ha tenido tiempo para crecer y criarse á tu vista y con tu exemplo; y alcanza el fin de las desgracias que nos oprimen, y de los delitos que parece se multiplican al paso que las desgracias.

Y vos ¡gran Dios! mirad desde lo alto del cielo con ojos de misericordia á esta afligida Monarquía, en donde es mas conocida la gloria de vuestro nombre, que entre

las

las demás Naciones; en donde la fé es tan antigua como la corona; en donde siempre se ha conservado tan pura en el trono como la sangre de su mismos Soberanos: Libradnos de las inquietudes y desgracias á que casi siempre entragais la infancia de los Reyes; dejadnos á lo menos el consuelo de llorar en paz nuestras desgracias y pérdidas; estended las alas de vuestra proteccion sobre el precioso niño que habeis puesto á la frente de vuestro pueblo; este augusto pimpollo de tantos Reyes, esta inocente víctima, que es la unica que se ha librado de los rayos de vuestra ira, y de la extincion de toda la extirpe Real; dadle un corazon docil á las instrucciones, pues serán estas confirmadas con el buen exemplo; estiendanse por todo el curso de su reynado la piedad, la clemencia, la humanidad, y las demás virtudes que han de influir en su educacion. Sed, Señor, su Dios y su Padre, para enseñarle á que sea Padre de sus vasallos, y guiadnos á todos nosotros á la feliz inmortalidad. Amen.

ORA-

ORACION FUNEBRE
DE MADAMA LA DUQUESA
DE ORLEANS.

*Surrexerunt filii ejus, & beatissimam prædicaverunt,
vir ejus & laudavit eam; laudent eam in portis ope-
ra ejus.*

Sus hijos la llamaron bienaventurada, su esposo la llenó de alabanzas, y sus acciones han sido su mayor elogio en todas las públicas concurrencias. *Prov. 31. vers. 28. 31.*

SI habeis oído estos públicos y domesticos elogios, ¿qué pudiera quedarme que decir en alabanza DE LA MUY ALTA, MUY PODEROSA, Y MUY EXCELENTE PRINCESA MADAMA LA DUQUESA DE ORLEANS, si yo viniera á este puesto mas á alabarla que á instruiros?

Vengo á tributar estas tristes y piadosas obligaciones á su memoria: La religion las consagra, la piedad las justifica, y el dolor público las pide; pero al mismo tiempo que os acuerdo sus virtudes, las que únicamente pueden consolarnos en su pérdida, ¿qué otra os parece que puede ser mi intencion mas que acordaros aquel fatal momento, que acaso está ya cercano, en que degradados en la presencia de Dios, de vuestra clase, y de vuestros titulos, todo nuestro consuelo y vuestro elogio se reducirá á lo que hubiereis hecho por la salvacion?

Tomo VIII.

Aa

¡Ah!